

A F O R I S M O S

**FRIEDRICH
NIETZSCHE**

Edición de Andrés Sánchez Pascual



AFORISMOS

FRIEDRICH NIETZSCHE



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: febrero 2021
Primera edición en e-book: marzo de 2022

© de la traducción, selección y prólogo Andrés Sánchez Pascual

© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4864-4

Producido en España

AFORISMOS

Friedrich Nietzsche

Prólogo

En uno de los aforismos de esta selección (el número 391, p. 99) dice Nietzsche: «Es mi ambición decir en diez frases lo que todos los demás dicen en un libro, lo que todos los demás... no dicen en un libro». Depurado y acrisolado a lo largo de años, este propósito, que no es sólo de concentración, sino que implica lo que se dice y lo que no se dice, convirtió a Nietzsche en el máximo creador de aforismos en el sentido estricto de la palabra, hasta el día de hoy.

El aforismo tiene una larga historia en la cultura europea. Y además de una larga historia, una larga lista de cultivadores insignes. Los primeros aforismos, los hipocráticos, delimitan ya algunas de las características externas del género. A lo largo de los siglos esta tenue corriente de pensamiento, que a veces casi se seca, sin duda por su dificultad, va haciendo tanteos, ensayando fórmulas, adoptando diversos nombres; va adquiriendo paulatinamente conciencia de sí misma, por así decirlo. Pero cabe afirmar que hasta Nietzsche el aforismo no se hace transparente a sí mismo, esto es, no cobra plena conciencia de su significado.

Los diversos nombres utilizados en diversos momentos –«sentencias», «máximas», «dichos», «adagios», «preceptos», «reglas», «axiomas», «fragmento» (romántico)–, no son un azar. Las tres características principales del género, concisión didáctica, agilidad crítica y tendencia ilustrada, se mantienen casi siempre. El principal enemigo del género es la pereza mental, la rutina, que convierte en trivialidad lo que presume de ser una frase brillante. Millares de presuntos aforismos causan una impresión polvorienta, precisamente por la «facilidad» con que fueron fabricados. No basta con poner arriba lo que estaba abajo ni con colocar un «no» donde había un «sí». Los aforismos no son juegos de

palabras, sino todo lo contrario: la expresión de una absoluta seriedad, que, sin embargo, sonrío. Son la formulación de un no saber que es consciente de que no sabe.

Tampoco es el aforismo un ilegítimo ayuntamiento entre «filosofar» y «poetizar». El ambiguo título de «poeta- filósofo», impuesto a Nietzsche unas veces con propósitos difamatorios y otras con intenciones de exaltación, rebaja ambas cualidades. El aforismo no es una ocurrencia que se escribe con rapidez y se lee con igual rapidez. No es una especie de pira en que se quema aquello que el humor del momento nos hace detestar, sino que es una «forma filosófica» cuya rotundidad y autonomía no son el resultado de esfuerzos esteticistas, sino de trabajo del pensamiento.

El hecho de que en la historia europea haya triunfado de manera incontestable hasta hoy el estilo impuesto por Aristóteles al conocimiento, es decir, el estilo de la «ciencia», ha impedido ver que no es ésa la única forma en que puede conocerse filosóficamente la verdad. Opinar tal cosa constituye un prejuicio específicamente europeo. Nietzsche se planteó con tal radicalidad el problema de la forma de la filosofía que puso en evidencia la ilusión transcendental que subyace a tal prejuicio.

Dos fueron las circunstancias, estrechamente entrelazadas, que llevaron a Nietzsche a convertirse en el maestro del aforismo actual. En primer lugar, la situación filosófica poshegeliana en que él vivió, pues lo que el aforismo pretende es romper el absolutismo del saber. Nietzsche tuvo plena conciencia de ello. La dialéctica especulativa de Hegel, el gran aristotélico, había llevado a que el saber adquiriese la forma de la certeza absoluta. Es cierto que esa dialéctica problematiza los conceptos fijos, los expone metódicamente a la contradicción, los retoma modificados, vuelve a exponerlos a la contradicción, y así sucesivamente, pero sólo para llegar, como acaba de decirse, a la certeza absoluta. La contradicción no aniquila lógicamente lo sabido, sino que ella misma queda integrada en el saber. Tratando de explicarle a Goethe lo que era su dialéctica, Hegel mismo dio una definición muy clara: es, le dijo, la contradicción «reglada». La mediocridad filosófica que siguió

al idealismo alemán fue la consecuencia necesaria de esa «regulación» de lo contradictorio. La maquinaria dialéctica, ya sin forma y sin contenido, funcionaba en el vacío, degenerando cada vez más. Los furibundos ataques de Nietzsche a Hegel y a la «hegelianería» tienen su fundamento en esa desertización filosófica. Mediante el aforismo Nietzsche salvó la filosofía.

La segunda circunstancia fue la conciencia lingüística de Nietzsche. Su extrema desconfianza frente al lenguaje, ese instrumento apto para aferrar el «ser», pero no el devenir, le hizo ver la imposibilidad de la vieja forma discursiva. Nietzsche piensa que el lenguaje falsea la realidad. En un breve texto del verano de 1873, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, que es esencial, pero que Nietzsche no quiso publicar nunca, expone las razones de esa conciencia lingüística suya, que tan tempranamente adquirió. El intelecto, piensa Nietzsche, es un limitado instrumento auxiliar del que se sirve el individuo para conservar su existencia. Sus medios son el disimulo y el engaño. Pero el ser humano quiere vivir también en sociedad y en rebaño, y para ello es preciso eliminar la mentira y determinar a qué ha de llamarse «verdad» en lo sucesivo. Las designaciones convencionales del lenguaje no son la expresión adecuada de las realidades. El hombre ha olvidado que esas designaciones fueron fijadas por él por motivos de utilidad, y tal olvido lo induce a creer que posee la realidad. Su pensamiento está indisolublemente ligado al lenguaje y por ello se halla condenado eternamente a tener por «verdades» lo que son ilusiones.

Sobre este asunto ha dicho cosas esenciales José María Valverde en un libro reciente: «La consideración de que todo pensar no ocurre sino como lenguaje lleva a consecuencias corrosivas para las pretensiones del intelecto puro. Por lo demás, tal conciencia lingüística, en lo sucesivo, se expresará sólo de vez en cuando en pasajes sueltos de los libros de Nietzsche –muy poco en *El nacimiento de la tragedia* y en *Zaratustra*–, pero, si no la tenemos en cuenta, nos faltará la perspectiva básica en nuestra lectura de este autor. De hecho, sin embargo, la gran mayoría de los lectores y comentaristas de Nietzsche no han solido advertir que él

tuviera ya esa conciencia lingüística que, a lo largo del siglo XX, van teniendo cada vez más autores...»¹.

Las dos circunstancias citadas –la situación filosófica poshegeliana y la conciencia lingüística– empujan a Nietzsche hacia el aforismo. Éste se ve enfrentado a una tarea casi imposible: escapar de las redes del lenguaje, pero apoyándose en él, pues, sin lenguaje, ¿cómo sería posible decir algo? Nietzsche se enfrenta al problema con radicalidad. En vez de decir media verdad, el aforismo dirá verdad y media. Ahora bien, ¿dónde colocar esa media verdad excedente? Nietzsche, buen filólogo, conoce perfectamente el significado del término «aforismo». Significa: «llevar algo fuera de su horizonte», o mejor: henchir de tanto contenido las palabras que algo rebose del horizonte lingüístico y quede fuera de él, pero estando allí como la parte oscura, irónica o paródica. Esa media verdad excedente, que queda fuera, es la sal que impide que la «verdad» se corrompa. Esto no puede llevarse a cabo sin poner en entredicho las leyes de la *ratio*, del intelecto. ¿De qué modo?

En la forma de la escritura se cree en las leyes de la lógica; en el contenido, se descrea de ellas. La unidad de ambos momentos constituye el elemento paradójico del pensar aforístico nietzscheano. En su proceso dialéctico el aforismo cree y descrea a la vez. Se trata, pues, de un pensar que permanece abierto por uno de sus lados, lo cual permite salvarse del nihilismo (mediante la creencia) y del dogmatismo (mediante la increencia). Por el lado que da a la lógica, el aforismo, apretado contra la pared de las leyes de aquélla, permanece cerrado. Por la parte que da a la vida insondable, permanece abierto. El aforismo contiene una visión verdadera, pero no una certeza conclusa. Es una invitación a la aventura del pensamiento y de la vida. El aforismo es, en suma, un trascender desde dentro el lenguaje, pero permaneciendo en él. Irónico siempre –irónico ante todo conmigo mismo–, es una protesta contra las cosificaciones del devenir. En él no es la excepción la que confirma la regla, sino que es la regla la que confirma la excepción.

Antonio Machado, fino catador de los aforismos de Nietzsche, le hace decir a Juan de Mairena: «Tuvo Nietzsche además talento y malicia de verdadero psicólogo –cosa poco frecuente en sus paisanos–, de hombre

que ve muy hondo en sí mismo y apedrea con sus propias entrañas a su prójimo... Yo os aconsejo su lectura, porque fue también un maestro del aforismo y del epigrama».

Andrés Sánchez Pascual

AFORISMOS